

NURIA VIUDA

CRÓNICA DE LOS DÍAS QUE PASAN



Colección **LETRAS DORADAS**

Nº 11

1ª edición, 2022

Diseño: Redactio - Global Writing and Publishing Services

Editorial DALYA

Maestro Portela, 41

11100 San Fernando

www.edalya.com

Copyright © by Nuria Viuda

All rights reserved under International Copyright Conventions.

Reservados todos los derechos sobre este libro.

© de la edición, Libroautor S.L.

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Nuria Viuda

Crónica de los días que pasan

ISBN: 978-84-17391-79-9

D.L. 395-2022

Printed in E.U. / Impreso en U.E.

A mi ciudad. A todas las ciudades.

Solo el amigo de la naturaleza, que en sus paseos a diferentes horas del día la ha saboreado en todas sus formas, ha sido capaz de adquirir un conocimiento fiel de su espectáculo cotidiano.

El arte de pasear. Gottlob Schelle Karl.

DEL FRUTO A LA CALIMA

ABRIL.

Atenazado de silencio y nieve tardía, asoma abril entre los riscos. Su conmiseración por todos nosotros, espectadores absortos, realiza el milagro del que quedarán prendidas–prendadas las retinas.

Mostrarnos el mosaico de verdes descendentes en escala de color es objetivo a cumplir en este mes bisagra.

Cada brote resplandece en estallidos alcanzando el clímax, como todos nosotros.

Alzando y descalzando la mirada y los pies al ritmo del silencio invasor que, en el fondo, encapsula en gasas invisibles el miedo. Todos nosotros.

Para decir tu nombre, abril, debe arrastrarnos la vida hacia tus ríos, estrenando el agua retenida en los neveros.

Abril y sus días.

Hoy las calles desaparecieron bajo laberintos de diluvio repentino. Gorgoritos caprichosos y anunciadores del continuará mañana.

Olía a primavera derramada por el parque, porque todo lo barren las ráfagas de cierzo y de granizos arrastrando los primeros pétalos desprendidos de la flor, arrancados.

Aceras desiertas, otra vez fútbol. Abuelas disfrazadas con falsa piel de tigre.

Jamoncito y feria. Faralaes en el norte.

¡Que el granizo sepulte los adoquines mientras todos duermen!

Desprendidos o locos ya.

Abril y sus días.

Esta tarde el viento arrastraba las nubes alejándolas hacia el sur. Entonces recordé que en otras primaveras menos lentas que esta, también el aire agitaba las banderas y los anuncios de cerveza, que colgaban suspendidos de una barra metálica en las tabernas del barrio viejo. Eran cartelitos hiperrealistas realizados con ocume y pintura de color amarillo y blanco. Reproducían a la perfección la espuma de cerveza bordeando la jarra muy bien conseguida. Casi se le hacía a uno la boca agua a golpe de vista, pero aún es primavera cerrada y ya se sabe que más que cerveza, por estas latitudes, triunfan las infusiones y el café bien caliente. Recuerdo las palabras de los viernes en casa de Agustina. Ella siempre decía que a mediados de abril, si sale el sol, no habrá quien pare por la calle. Buscaremos refugio entre los toldos, cambiaremos de acera. Estamos casi en mayo y el fulgor del rayo se resiste. Como nos resistimos todos a soportar otro día nublado.

Abril y sus días.

Realmente es espantoso pararse en un semáforo mientras arrecia la lluvia y no se lleva paraguas. La sensación de desamparo es tal que a uno le parece que un batallón de escalofríos le asalta por todos los flancos sin posibilidad alguna de defensa.

Se siguen reflejando las ramas en los charcos, y el agua que escupe esta marejada de nubes es la más cristalina que conozco comparada con la de todas las ciudades que hasta ahora he visitado. Apenas existe contaminación y las estadísticas apuntan que aún habrá menos con el paso del tiempo. Podrá habitar segura la ranita de San Antonio en la vereda del río, muy a gusto entre líquenes virgen. Llegaremos al *ranking* de ciudad transparente, y el campo invadirá de nuevo las murallas.

El amor también crece y se manifiesta en días grises: dos parejas de ancianos, nada menos, se han cruzado conmigo. Unos, ensimismados y felices, se observaban tras la cristalera de un café apretándose las manos sin desorden. Los otros se besaron en la boca, en plena calle, apurando la última entrega con que la vida los premia. Son parejas de nuevo cuño, eso siempre se nota. Se miraban con los ojos temblones y reían, y eso solo lo da el recién estrenado amor de abril. ¿Quién sabe si será también para nosotros la última novela por entregas que vamos a vivir?

Junio y sus días

Las mentiras pasean por todas las esquinas, se sientan en las terracitas de verano haciéndonos girar la cabeza dos veces consecutivas para poder así asumir lo increíble.

El calor se ha instalado repentinamente, y la lengua de hombres deslenguados se empapa en cerveza rubia porque ya no existen sirenitas que los consideren soportables, ni siquiera interesantes o merecedores de la más mínima consideración.

No se vislumbran estrellas ni estelas de cometa.

Trueno y tormenta empapan las prendas que alguien olvidó retirar del tendedero en esta noche primeriza.

Junio y sus días.

Los bloques de edificios ahogan los sábados. El hormigón no debería estar permitido en los albores del verano. Quema la ciudad en los rincones donde mean los perros bien educados y las zapatillas deportivas sueltan un hedor demoníaco, esta peste moderna que invade los gimnasios, mezcla de goma arábica, metal y orines.

Las alcantarillas y las bocas de riego forman baches en el asfalto donde se enganchan las ruedas de los patinadores que caen al suelo. Se incorporan doloridos y con magulladuras importantes. Nadie pone una queja al ayuntamiento. La tapadera de la boca de riego seguirá siendo un mensaje reenviado en vano.

Por fortuna, el frescor de las noches de junio mantiene su poder desodorante y aséptico.

¡Qué larga espera hacia el verdor de alga!

JULIO.

Como si fuese un barco gigantesco en el que instalarse, igual que una inmensa ciudad flotante, universal, que a todos alberga y de nadie prescinde, ascendemos a bordo de un verano en ciernes.

La vereda cuajada de amapolas señala el punto de partida y en esta latitud navegará una gran familia disonante, gritona, multitudinaria, que no logrará entenderse a pesar de que el calor y el tedio se alíen favorablemente para atravesar cual flecha todos los corazones. Millones de corazones enfebrecidos, esperanzados, sumisos resignados, valientes, bravucones, apaleados, desgarrados o locos. Pero todos latentes en busca de El Dorado.

Embarcados en esta singladura irrevocable en la que aumenta la temperatura al paso de los días, abocados al gran camarote de los hermanos Marx. Milimétricamente ordenados por razones, preferencias o carácter, algunos chocarán sin saludarse y quizá se reconozcan en alguna mirada coordinada por las olas.

Un tramo más y surgirá la espuma para concluir clamando todos al unísono que desean mudarse a esta soleada dimensión.

Lastima en demasía proceder del frío.

Julio y sus días.

Los fines de semana transcurren lentos y cargados de acuosa ansiedad. Aquí, en tierra adentro, se transforma la conducta y envidiamos a los peces: escama, aleta, branquia, fluctuar.

Algunos permanecen atrapados en esta ciudad donde la piedra es luz reflejada en el aire, pero no es suficiente y anhelan salir, nadar, ojear otras entrañas en la hierba caída de los campos limítrofes. Manosear, en suma, la coartada perfecta para escapar al tedio de otro sábado sin salitre.

Tarde de boda y trajes entallados. Recorren el paseo mujeres descalzas engalanadas de madrinas. Se ve que los tacones les han jugado una mala pasada y se han liberado de la condena impuesta por las modas. Pasa la novia, altiva, con alpargatas blancas y el pelo destrenzado. Camina de puntillas, por si acaso.

Julio y sus días.

Ha transcurrido el último mes tan rápido que duele. Otra hoja del calendario que se pierde en la calima del esperado sur. Brote nervioso de incertidumbre al no recordar con demasiada claridad el número que ocupa cada día. Es complicado, en el verano, asociar nombre y número. Correlaciones que no casan casi nunca mientras, soñando imágenes de arena, bailan desnudos los pies en el asfalto caliente, insoportable, soporífero.

Calles vacías a primera hora de domingo y, ¡quién lo iba a decir!, lo de escribir un cuento escueto y resumido: Los tres cerditos, las madrastras, bella durmiente, Caperucita. Historias reinterpretadas que van quedando en el inconsciente colectivo y nunca sostienen la misma trama. Para cada cual la vida va transformando el final de los cuentos de hadas hasta convertirlos en espejo.

La ternura pide auxilio enlazando las manos de los amantes en el box de un hospital cualquiera.

Julio avanza sin que podamos pararnos a llorar.

El tren se escapa de la vía plácida buscando rumbo definible. Patito feo. Sirenitas.

Agosto y sus días.

El verano se alimenta de despiste y de barracas.

Se detienen de continuo lugareños a platicar con foráneos sumergidos en la confusión laberíntica de calles y plazas. Es curioso que las urbes pequeñas se transformen para el turista en increíbles cajones plagados de montañas y de fosos: del tanatorio a la piscina y de esta al restaurante exclusivo. Peregrinaje y locura en la ciudad de las tertulias veraniegas.

Ancianos enamorados se alojan en hoteles de lujo y exigen calidad, no tienen prisa.

A nadie le ha importado que un Tom Sawyer, venido de muy lejos, haya muerto en su cabaña provisional y estática a la orilla de un río abandonado por las aguas. Buscó un pedazo de vida en un Mississippi imaginario y con olor a peces muertos; no lo encontró. Sin embargo, las flores de unos cuantos redimieron su corazón de isla a la deriva.

Solo necesitas un coche azul, de segunda mano, para atravesar la promesa de una casa en el campo y ¡es tan difícil! atravesar la frontera hacia el vacío y las mansiones que das un volantazo hasta la próxima paranoia.

Todos somos peces asustados ante los arrecifes coralinos.

OCTUBRE.

El mes más seguro de sí mismo de todo el calendario.

Todo retorna y toma fuerza en octubre.

Las ciudades, nuevamente repletas de gentío, parecen librar una batalla entre trasiego y prisa. Tráfico por doquier y, sin embargo, el post-verano se resiste a abandonar el horizonte. Cada quien parece muy ocupado en uniformar el alma y los asuntos.

Octubre como mes trastero en el que la vida cotidiana permanece a la espera de ordenarse en su totalidad, buscando asiento y cuna.

Octubre.

Octubre, en el que se deposita el bagaje del estío como bártulo inservible relegado al cajón de los olvidos. Bártulos que, sin embargo, conforman un verano más en nuestras vidas y nos anclan a ella.

Octubre ordena, sí, pero se permite el lujo de continuar soñando un poco más. Derramando esa pizca de luz incipiente que se cuele como niño curioso entre las hojas perennes.

Octubre y sus días.

Extraño mes este que cabalga entre las pistas falsas y el sol de mediodía.

Has vuelto a equivocarte por enésima vez, mientras tus huesos duelen y estallan entre el misticismo de una nueva renuncia. Ya no aprenderás a distinguir el intento de lo probable.

Las calles palpitaron el eco del invierno escondido a través de ráfagas de aire. Silbando entre las chimeneas y los tejados de uralita.

En todas las esquinas habitan los mendigos apurando la última luz. Piden unas monedas para completar la urgencia de un camastro en los albergues de paso. De paso y de prisa. Como la desolación del viajero sin rumbo fijo.

Miles de proyectos duermen más tranquilos en los cajones del tiempo.

Febrero y sus días.

El día se ha llenado de promesas y lluvia, de socavones embarrados. Saltando los charcos, sorteando los semáforos. Sin duda hemos visto a Dios que esperaba al otro lado de la tarde, como de puntillas, desplegando su misterioso manto.

Reír a mandíbula, reírse de uno mismo y con los otros, igual que una representación del absurdo en la que nos paramos a considerar lo cómodo de un sofá negro en medio de una sala en penumbra después de dos horas en pie.

Todos los ojos son trapezoidales y gritan brillando como escamas de sirena.

Sueños y delirios del que pinta de noche, con la luz encendida y el ventanal abierto, para que los automovilistas al pasar le reconozcan y así sentirse acompañado.

¡Es tan esclarecedor e intenso saber que creas todo de la nada y lo lanzas al viento del este! Grandeza eres, y yo hoy tu confidente, receptora del íntimo voltaje que anida en sombras.

Palabras-luz

Si yo tuviera un barco, viajaría muy lento para ver cada ola condenada a ser rizo.

Si yo tuviera un barco, cruzaría los dedos para no zozobrar en el ojo del delfín, acharolado y gris.

Si yo tuviera un barco, atracaría en puertos pequeños y escondidos para que no me encontrasen nunca.

Si yo tuviera un barco, mi piel sería dura, más morena, competente.

Si yo tuviera un barco, regresaría siempre a las mismas arenas reflectantes de nácar y caparazones de cangrejo.

Palabras-hielo.

El invierno se dilata como una gran cola de dragón sacudiendo cada promesa de luz que, aunque incipiente, es castrada por ráfagas de hielo que viaja desde otras lejanías y escupe ante nosotros su eterno estupor. Vivir esperando la ansiada luz se ha convertido en un anhelo casi imposible por estas latitudes. La flor y el brote, sin embargo, y aunque agazapados, ya se encuentran entre nosotros en espera de asomar su carita sedosa, tímida y mágica, como niños que juegan a mostrarse y esconderse. Igual que viajeros pertinaces que esperan en un andén, imaginario y onírico, su momento de descenso, cargados de juegos nuevos y pelotas de ilusión coloreadas al gusto.

Es la inexplorabilidad de esta certeza lo que nos ata al mundo en tiempos feroces en los que nada es probable. Necesitamos asideros, puertos fijos, ojos que nos sustenten la mirada, empujones y determinación para seguir avanzando. También, por supuesto, las pelotas de colores que el tren traerá. Pues en todos nosotros vive el niño que fuimos.

Salir al aire, otear las últimas nieves en el horizonte y confiar en el color que la vida aún pueda regalarnos. Ejercitar de nuevo el ojo en una isla de placebos que, sin duda, retornan para aliviar la carne deseosa de rayo y fragancia. Aposentarse en los bancos de piedra, a la espera, sin

petrificarnos como estatuas de sal por haber desconfiado de lo porvenir, atándonos al coletazo que desnivela.

Hemos de comprender que debajo del asfalto está la playa, como dijo un visionario y un poeta del que olvidé su nombre. Necesito saberlo, si alguien es tan amable, nos es imprescindible.

ÍNDICE

DEL FRUTO A LA CALIMA

Abril

Abril y sus días 14 - 42

Mayo

Mayo y sus días 44 - 68

Junio

Junio y sus días 70 - 102

Julio

Julio y sus días 104 - 130

Agosto

Agosto y sus días 132 - 151

TRÁNSITOS

Marzo

Marzo y sus días 156 - 162

Septiembre

Septiembre y sus días 165 - 195

DE LA CADUCIDAD AL HIELO

Octubre

Octubre y sus días 200 -223

Noviembre		
Noviembre y sus días	225 - 239
Diciembre		
Diciembre y sus días	242 - 253
Enero		
Enero y sus días	255 - 259
Febrero		
Febrero y sus días	261 - 275

DEL TIEMPO FUERA DEL TIEMPO

Palabras-luz	280 - 285
Palabras-hielo	287 -291
<i>Epílogo</i>	293